

# Del desierto y los oasis

Hannah Arendt

En 1955, Hannah Arendt --de cuyo nacimiento se cumplen cien años--dictó en la Universidad de Berkeley el curso "**Historia de la teoría política**". En estas páginas se reproduce la conclusión recientemente aparecida en español de aquellas clase. El crecimiento moderno de la amundandidad [imposibilidad de una comunión de los hombres con el cosmos y entre sí, N. de E.], el declive de todo entre humano [distancia que separa pero al mismo tiempo posibilita el encuentro, N. de E.], también se puede describir como la propagación del desierto. El primero que reconoció que vivimos y nos movemos en un mundo desértico fue Nietzsche y también fue él quien cometió el primer error decisivo diagnosticándolo. Como casi todos los que vinieron tras él, Nietzsche pensaba que el desierto está en nosotros. Así se revelaba a sí mismo no solo como uno de los primeros habitantes conscientes del desierto, sino también y por lo mismo, como la víctima de su más terrible ilusión. La psicología moderna es psicología del desierto: cuando perdemos la facultad de juzgar, "de sufrir y de condenar", comenzamos a pensar que hay algo equivocado en nosotros si no podemos vivir bajo las condiciones del desierto. En la medida en que la psicología trata de "ayudarnos" nos ayuda a "ajustarnos" a aquellas condiciones y nos quita nuestra única esperanza; a saber: que nosotros, que no somos del desierto aunque vivamos en él, somos capaces de transformarlo en un mundo humano. La psicología pone todo del revés: precisamente porque sufrimos bajo las condiciones del desierto somos aún humanos y estamos aún intactos; el peligro consiste en que nos convirtamos en verdaderos habitantes del desierto y nos sintamos cómodos en él. El mayor peligro en el desierto consiste en que hay tempestades de arena; en que el desierto no siempre es tranquilo como un cementerio. Allí donde, al fin y al cabo, todo sigue siendo posible, puede desencadenarse un movimiento autónomo. Esas tormentas de arena son los movimientos totalitarios, cuya característica principal reside en que se ajustan extraordinariamente bien a las condiciones del desierto. De hecho, no cuentan con nada más, y por ello parecen ser la forma política más adecuada a la vida del desierto. Ambos, la psicología -la disciplina de ajustar la vida humana al desierto- y los movimientos totalitarios -las tempestades de arena, en las cuales lo que es tranquilo como la muerte explota repentinamente en pseudoacción- plantean un peligro inminente a las dos facultades humanas que pacientemente nos capacitan para transformar el desierto en lugar de transformarnos a nosotros mismos: las facultades conjuntadas de acción y pasión. Es cierto que cuando somos alcanzados por los movimientos totalitarios o por los ajustes de la psicología moderna sufrimos menos; pero perdemos la facultad de sufrir y con ella la virtud de resistir. Y sólo de aquellos que consiguen resistir el padecimiento de vivir bajo las condiciones del desierto es de quienes podemos esperar que se armen del coraje necesario que se encuentra en la raíz de toda acción, del coraje que convierte a un hombre en un ser actuante. Las tormentas de arena amenazan también esos oasis en el desierto sin los que ninguno de nosotros podría resistir allí, mientras que la psicología sólo intenta acostumbrarnos a la vida en el desierto de modo que ya no sintamos la necesidad de los oasis. Los oasis constituyen todos esos dominios de la vida que existen independientemente, o al menos en gran medida independientemente, de las circunstancias políticas. Lo

que en ellos disuena es la política, es decir, nuestra experiencia plural, pero no lo que podemos hacer y crear en la medida en que existimos en singular: en el aislamiento del artista, en la soledad del filósofo, en la relación inherentemente amundana entre seres humanos tal como existe en el amor y a veces en la amistad "cuando un corazón se dirige directamente a otro, como en la amistad, o cuando el entre, el mundo, asciende en llamas como en el amor". Sin la intangibilidad de esos oasis no sabríamos cómo respirar. Y los especialistas en ciencia política deberían saber esto. Si aquellos que deben gastar sus vidas en el desierto, intentando hacer esto o aquello, preocupándose constantemente por sus condiciones, no saben cómo usar los oasis, se convertirán en habitantes del desierto, incluso sin ayuda de la psicología. En otras palabras, los oasis se secarán si no los mantenemos intactos, y ellos no son meros lugares de "relax" sino las fuentes dispensadoras de vida que nos permiten vivir en el desierto sin reconciliarnos con él. El peligro opuesto es mucho más frecuente. Su nombre habitual es escapismo: huir del mundo del desierto, de la política, hacia lo que quiera que sea es una forma menos peligrosa y más refinada de aniquilar los oasis que las tormentas de arena, que amenazan su existencia, por así decirlo, desde fuera. Tratando de huir transportamos la arena del desierto a los oasis "como Kierkegaard, tratando de escapar de la duda, introdujo su duda en la religión cuando dio el salto a la fe". La falta de resistencia, el fracaso de reconocer y resistir la duda como una de las condiciones fundamentales de la vida moderna, introduce la duda en el único ámbito en que nunca debió entrar: el ámbito religioso; hablando estrictamente, el ámbito de la fe. Eso es sólo un ejemplo para que veamos lo que hacemos cuando intentamos huir del desierto. Porque aniquilamos los oasis dispensadores de vida cuando vamos a ellos con la intención de huir, parece a veces como si todo conspirase para generalizar las condiciones del desierto.

También esto es una ilusión. En último análisis, el mundo humano es siempre el producto del amor mundi del hombre, un artificio humano cuya inmortalidad potencial está siempre sujeta a la mortalidad de aquellos que lo construyen y a la natalidad de aquellos que comienzan a vivir en él. Lo que Hamlet dijo es siempre verdad: "El tiempo está fuera de quicio. ¡Maldita suerte la mía, haber nacido para ponerlo en orden!". En este sentido, en la necesidad que tiene el mundo de los que comienzan para que pueda ser comenzado de nuevo, el mundo es siempre un desierto. Sin embargo, a partir de las condiciones de amundanía que aparecieron por primera vez en la Edad Moderna -amundanía que no debería ser confundida con la ultramundanía cristiana- nació la cuestión de Leibniz, Schelling y Heidegger: ¿por qué hay algo en lugar de nada? Y a partir de las condiciones específicas de nuestro mundo contemporáneo que nos amenaza no sólo con que no-haya-nada, sino también con que no-haya-nadie, puede surgir la pregunta: ¿por qué hay alguien en lugar de nadie? Estas cuestiones pueden sonar nihilistas pero no lo son. Al contrario, son las cuestiones antinihilistas planteadas en una situación objetiva de nihilismo, donde el que no-haya-nada y el que no-haya-nadie amenazan con destruir el mundo.

Por Hannah Arendt

Traducción: Juan A. Guerriero

© Revista de Occidente

## Del deserto e le oasi

Nel 1955, Hannah Arendt - della cui nascita si commemorano cento anni - dettò nell'Università di Berkeley il corso "Storia della teoria politica". In queste pagine si riproduce la conclusione recentemente apparsa in spagnolo di quelle classi

La crescita moderna dell'amundandidad [impossibilità di una comunione degli uomini col cosmo e metta sé, N. di E.], il pendio di tutto tra umano [distanza che separa ma contemporaneamente facilita l'incontro, N. di E.], può descriversi anche come la propagazione del deserto. Il primo che riconobbe che viviamo e ci muoviamo in un mondo desertico fu Nietzsche ed anche egli fu chi commise il primo errore decisivo diagnosticandolo. Come quasi tutti quelli che vennero dietro lui, Nietzsche pensava che il deserto sta in noi. Così si rivelava a sé stesso non suolo come uno dei primi abitanti coscienti del deserto, ma anche e per la stessa cosa, come la vittima della sua più terribile illusione. La psicologia moderna è psicologia del deserto: quando perdiamo la facoltà di giudicare, "di soffrire e di condannare", cominciamo a pensare che c'è qualcosa di sbagliato in noi se non possiamo vivere sotto le condizioni del deserto. Nella misura in cui la psicologia commercia di "aiutarci" c'aiuta a "adattarci" a quelle condizioni e ci toglie la nostra unica speranza; a sapere: che noi che non siamo del deserto benché viviamo in lui, siamo capaci di trasformarlo in un mondo umano. La psicologia mette tutto del rovescio: precisamente perché soffriamo sotto le condizioni del deserto siamo ancora umani e siamo ancora intatti; il pericolo consiste in che trasformiamoci in veri abitanti del deserto e sentiamoci comodi in lui. Il maggiore pericolo nel deserto consiste in che ci sono tempeste di sabbia; in cui il deserto non è sempre tranquillo come un cimitero. Lì dove, in fin dei conti, tutto continua ad essere possibile, può liberarsi un movimento autonomo. Quelli temporali di sabbia sono i movimenti totalitari la cui caratteristica principale risiede in che si stringono straordinariamente bene alle condizioni del deserto. In realtà, non contano su nient'altro, e per ciò sembrano essere la forma politica più adeguata alla vita del deserto. Ambedue, la psicologia - la disciplina di adattare la vita umana al deserto - ed i movimenti totalitari - le tempeste di sabbia, nelle quali quello che è tranquillo la morte sfrutta come improvvisamente in pseudoacción - espongono un pericolo imminente alle due facoltà umane che pazientemente c'abilitano per trasformare il deserto invece di trasformarci stessi: le facoltà conjuntadas di azione e passione. È certo che quando siamo raggiunti per i movimenti totalitari o per gli accomodamenti della psicologia moderna soffriamo meno; ma perdiamo la facoltà di soffrire e con lei la virtù di resistere. E solo di quelli che riescono a resistere il patimento di vivere sotto le condizioni del deserto è di chi possiamo sperare che si armino del coraggio necessario che si trova nella radice di ogni azione, del coraggio che trasforma un uomo in un essere interprete. I temporali di sabbia minacciano anche quelle oasi nel deserto senza il quale nessuno di noi potrebbe resistere lì, mentre la psicologia cerca solo di abituarci alla vita nel deserto in modo che non sentiamo oramai la necessità delle oasi. Le oasi costituiscono tutti quelli domini della vita che esistono indipendentemente, o almeno in larga misura indipendentemente, delle circostanze politiche. Quella che dissuona in essi è la politica, cioè, la nostra esperienza plurale, ma non quello che possiamo fare e creare nella misura in cui esistiamo in singolare: nell'isolamento dell'artista, nella solitudine del filosofo, nella relazione inerentemente amundana tra esseri umani come esiste nell'amore ed a volte

nell'amicizia "quando un cuore si dirige direttamente ad un altro, come nell'amicizia, o quando quello tra, il mondo, ascende in fiamme come in quello amore". Senza l'intangibilità di quelle oasi non sapremmo come respirare. Ed i specialisti in scienza politica dovrebbero sapere questo. Se quelli che devono spendere le sue vite nel deserto, cercando di fare questo o quello, preoccupandosi costantemente per le sue condizioni, non sanno come usare le oasi, si trasformeranno in abitanti del deserto, perfino senza aiuto della psicologia. In altre parole, le oasi si asciugheranno se non li manteniamo intatti, ed essi non sono meri posti di "relax" altro che le fonti dispensatrici di vita che ci permettono di vivere nel deserto senza riconciliarci con lui. Il pericolo opposto è molto più frequente. Il suo nome abituale è derealizzazione: fuggire dal mondo del deserto, della politica, verso quello che voglia che sia è una forma meno pericolosa e più raffinata di annichilire le oasi che i temporali di sabbia che minacciano la sua esistenza, per così dirlo, da fosse. Tentando di fuggire trasportiamo la sabbia del deserto alle oasi "come Kierkegaard, tentando di scappare dal dubbio, introdusse il suo dubbio nella religione quando diede il salto alla fede". La mancanza di resistenza, il fallimento di riconoscere e resistere il dubbio come una delle condizioni fondamentali della vita moderna, introduce il dubbio nell'unico ambito in che non dovette entrare mai: l'ambito religioso; parlando strettamente, l'ambito della fede. Quello è solo un esempio affinché vediamo quello che facciamo quando cerchiamo di fuggire dal deserto. Perché annichiliamo le oasi dispensatori di vita quando andiamo da essi con l'intenzione di fuggire, sembra a volte come se tutto cospirasse per generalizzare le condizioni del deserto.

Anche questa è un'illusione. In ultima analisi, il mondo umano è sempre il prodotto dell'amore mundi dell'uomo, un artificio umano il cui immortalità potenziale sta sottomette sempre la mortalità di quelli quale lo costruiscono ed alla natalità di quelli che cominciano a vivere in lui. Quella che Hamlet disse è sempre verità: "Il tempo è fuori di senno. Maledetta fortuna la mia, essere nato per metterlo in ordine! ". In questo senso, nella necessità che ha il mondo del quale cominciano affinché possa essere cominciato di nuovo, il mondo è sempre un deserto. Tuttavia, a partire dalle condizioni di amundanidad che apparvero per la prima volta nell'Età Moderna - amundanidad che non dovrebbe essere confusa con l'ultramundanidad cristiana - nacque la questione da Leibniz, Schelling e Heidegger: perché c'è qualcosa invece di niente? Ed a partire dalle condizioni specifiche del nostro mondo contemporaneo che ci minaccia non solo con che no-faggio-niente, ma anche con che no-faggio-nessuno, può sorgere la domanda: perché c'è qualcuno invece di nessuno? Queste questioni possono suonare nichilisti ma non lo sono. Al contrario, sono le questioni antinichilistas esposto in una situazione obiettiva di nichilismo, dove quello che no-faggio-niente e quello che no-faggio-nessuno minaccia di distruggere il mondo.

Per Hannah Arendt

Traduzione: Juan A. Guerriero

© Rivista di Occidente